

Un pensar desde el peligro, a propósito de José Blanco Regueira

MARIANO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ*

Un pensamiento que se descubre en su reflejo como torcida estupidez normalizada que ha incorporado todo, aún a la inocencia misma en un sistema de estulticia universal reglamentada conforme a derecho es, en realidad, un pensamiento que de su intento de amarrarse a la realidad no genera otra cosa más que una vacua ilusión de bienestar y seguridad.

El discurso de seguridad es el discurso de la estupidez sistematizada, que aboga por exprimir en sus férreos tentáculos al manso rebaño al que se le ha conferido el engañoso mérito de ganar certeza al precio de perder indefinidamente la candidez y la inocencia. Oficiados u oficiantes, jugadores o jugados, señores o esclavos, todos mascullamos dentro del mismo redil la pastosa paja cultural que la liturgia del estado de bienestar nos ha amaestrado a producir, distribuir y consumir.

Todos marcados por una incisión, una marca, una mella que de la cuna a la mortaja nos da identidad y afirmación. Dicha incisión, que el cuerpo se hace como envoltura de nuestras perversiones, es sólo un efecto, a saber la marca que nos deja la huella sellada por la representación, que no es otra cosa que un estratégico ardid de la astucia de la razón que movida por la voluntad de verdad, nos deja como real sólo el residuo, el resto sustitutorio, el espectro aparente de lo que, por este embauque, denominamos como realidad.

Así es el panorama que el doctor Blanco pinta del drama humano, sobre todo el drama de la cultura occidental que ha estado sometido al obsesivo afán de someter la vida a la representación, a la “verdad”, de difuminar el infinito contenido de lo real a la férrea camisa de fuerza de la conceptualidad y del logos, que han hecho, precisamente, del inocente discurrir vital, una perversa

* Doctorante en filosofía, profesor e investigador de la Facultad de Humanidades de la UAEM.

y endemoniada logorrea que en sus necesidades de vuelo hacia una immaculada unidad ha escamoteado y descarnado lo que el doctor Blanco llama 'la diferición', que no es otra más que aquello que subyace a la marca, a la mella de la representación: la inocencia misma del devenir. Porque hemos de reconocer que nos instalamos en el mundo y en las cosas perdiéndonos y dejándonos atrapar bajo las redes que nuestro miserable intelecto espectra en su ilusorio afán de certeza y entendimiento. Artificio del intelecto que degenera en estulticia generalizada, dispositivo que aplaza, retiene y, por ende, atrofia el impulso natural de la animalidad, prótesis del autoengaño y la ilusión para compensar la innata debilidad, fragilidad de una vara pensante.

Al diagnosticar, pues, nuestra condición en su más patológica raíz, descubrimos que somos una incubadora fértil de silenciosos virus que difundimos precisamente en las más detonantes glorias y soberbias, que somos un escenario viviente de lidias y bufonadas, o más exactamente, con precisión propia del doctor Blanco, lidia y bufonada en un mismo momento: el pensar. La lidia del pensar es la más patética de las bufonadas. Porque lo más grave en su agónica expresión es lo que más mueve a risa; y en el planteamiento propiamente dicho: "¿Cómo conjugar de un solo golpe la muerte con la irrisión, el espíritu de pesadez con la liviandad siempre fresca y danzarina de la vida? Bien planteado me parece este problema en términos de con-jugación, es decir en términos de juego. Pero es que precisamente por lidia entiendo el arriesgado ardid mediante el cual se conjuga el pensamiento con la muerte" (Blanco, 2003). Esta cuestión llega a plantear una de las fibras más íntimas y resonantes del pensamiento del doctor Blanco: lidia del pensar como un juego, o más exactamente, como una con-jugación.

Lo que asiste al terreno de lo pensado entra en una dinámica relacional tal que, como con-jugación, el vínculo se teje con el riesgo más nefasto, pues el ganar o perder adquieren una dimensión de más profundas implicaciones que cualquier otro juego de la vida humana. Porque, después de todo, con-jugar es algo más que un simple jugar-con, más allá de una especie de transacción mercantil, un dispositivo de negociación donde el sentido de la interacción se encuentra no sólo en la prioridad e importancia del ganar, sino en tratar de conducir, decididamente de antemano, dicha ganancia; quizá un juego en el que el gane se tiene asegurado, tal como el juego de apuesta de Pascal, que a la mirada del doctor no es más que la expresión espiritualizada de la más vil transacción con lo divino.

Porque se pervierte la esencia del juego cuando se le introducen mecanismos, principios y reglas de simplificación, cálculo y dominio del riesgo y del peligro convirtiendo así al pensar en una praxis de dominación de la contingencia que no tiene nada de diferencia con la técnica ni con el uso que de ella provenga; es decir, la dinámica del capital, el juego mercantil y usurero para la inversión y el beneficio. De ahí que, para el doctor Blanco, el enorme gasto que significa el pensamiento obedece a una audaz inversión en el sentido capitalista del término. La metafísica es considerada así como una retracción usurera, una capitalización del riesgo, manipulación ordenada del peligro:

El pensamiento consiste en esa violencia que enfrentada a lo indecible insiste en tomar una decisión en afirmarse a ciegas decididamente al modo de un querer imperativo. Riesgo destinado a la derrota, pero a la vez, capaz de travestirla en victoria. Riesgo destinado a poner en comercio la derrota misma. Riesgo condenado a la representación.

El afán insensato y violento de pastorear lo indecible, de conducirlo a los rediles de la decisión, mueve al pensamiento a afirmar su desgracia más propia, aposentando su fuerza entera en los reales del comercio, es decir en el fondo de lo representable (Blanco, 2003).

El pensamiento ha sido pues reducido a un necio afán de decidir sobre lo esencial y originariamente indecible, de expresar lo infable, de vertir en redes del discurso lo que reside por excelencia en las profundas serenidades del secreto y del silencio. Lo cual quiere decir que la desesperada sed innata en el intelecto por instalarse en el centro de lo real, lo empuja a entretejer espejismos en los que expide camufladamente certificados falsos o cheques sin fondo, en tanto que nos ofrece gato por liebre, máscara por rostro, forma por contenido, representación por realidad.

Y es aquí donde comienza la gran estafa al introducirse el pensamiento en una manera mala de jugar, la de la apuesta pascaliana que no tiene nada de diferencia a la del capital que se invierte sometiéndolo a la predeterminación de ganar o perder, sobre todo cuando se coloca todo el riesgo en un solo lado: Dios, el Logos, la Verdad, la Idea, Capital o cualquier otra categoría central de la metafísica clásica que condiciona y predetermina el grado de seguridad y de certeza necesaria para medir dicotómicamente el grado de ganancia o pérdida que las reglas de dicho juego exigen. Pero dentro de esta lógica toda soberana ganancia es intrínsecamente un alto grado de pérdida y de des-

virtualización de lo que por antonomasia ha de ser pensado: el ser. Por ello no ha de sorprendernos la subyacente hermandad entre la metafísica y los más burdos rediles del comercio, la embrutecida capitalización del riesgo como la expresión más patética del más pesado filosofema que el pensamiento lleva a cuestas bajo un grave impuesto ontológico: “la verdad”.

La verdad no fue nunca, sino un artilugio efficacísimo, pergeñado para camuflar lo que de vergonzoso hay en todas las derrotas del pensamiento. Se creyó en la verdad para poder eludir los efectos insanos de la vergüenza. Amargura de los humillados por oposición a la gloria de los victoriosos. Amargura del pensamiento humano resultado de una apuesta fallida por oposición a la inocente gloria de los animales (Blanco, 2003).

Esquizoide obsesión la de santificar un residuo engañoso de lo profundo e insondable que no puede más que dejar al descubierto que el solemne y magnificante escenario de los adoradores de la verdad no es sino un gran circo de bufones sin corte, ‘enanitos cómicos del pensamiento’, que envuelven en el cáliz de la seriedad lo que irrisorio y patéticamente cómico se es. Pues precisamente la tragedia es lo más cómico y que mueve a risa. En este sentido es como el doctor Blanco llega a definir al hombre, en tanto que ser trágico, como un chiste malogrado de los dioses.

Existe, por tanto, un inaparente lazo de unión en el entrejuego vital y muerte, las nupcias entre Eros y Agón, la gracia divina con la lucha a muerte. Para Blanco, el pensamiento si ha de ser trágicamente entendido es lidia y bufonada al mismo tiempo, risa y llanto encienden una misma llama, la del pensar. El peligro se convierte así en el terreno propio por antonomasia del acto del pensar, y éste es precisamente gracia en tanto que es la misma escena de lo azaroso, porque juego como juego de la inocencia es un juego totalmente azaroso. El pensamiento que exige cuentas y razones es totalmente contrario al pensamiento como lidia, pues sólo en ella se da la gracia. El pensamiento calculador precisamente por evadir el riesgo, no deja paso a la participación de lo sobrehumano, a la gracia en tanto que don de lo trascendente:

vivir peligrosamente significa entrar en liza con lo sobrehumano, o si se prefiere, participar lo humano en una divina pugna y entrar la fuerza del pensamiento en una lucha a muerte. Entonces pensar ya no consiste en juzgar sino en jugar, en jugarse la vida en virtud de aquello en lo que no se puede dar

cuenta ni razón. Graciosa lucha, ya que eso es precisamente la gracia, lo sin cuenta ni razón. De lo cual parece seguirse que todo aquel que pretende identificar el acto de pensar con un juzgar, con un explicar, violenta y malversa la naturaleza lidiadora del pensamiento (Blanco, 2003).

De esta manera el agonismo es en sí mismo erotismo y a la inversa el erotismo es lucha y desgarramiento, lucha a muerte. Eros y Agón en el acto del pensar. De ahí lo irrisorio de la tragedia: para que el pesado disfraz de lo grave y serio no nos asfixie ha de convivir con la elegancia de la risa que ofrece el jugar desinteresadamente con el riesgo, el peligro, pues, neutralizado en su espinosa amenaza cuando la lidia se convierte en el juego que va más allá del ganar o perder, el juego que coquetea, en inocente danza con la muerte: el Eros que coexiste con el Agón, la pasión que se consume a sí misma en el impulso lúdico, en el salto vital del ala que revolotea en los abismos, la danza que se libera etéreamente sobre el hilo de la nada, los lascivos impulsos que se enredan, cual gusanos, en el cadáver, en la carroña de nuestra agonía. La muerte ha de ser pensada, precisamente, como la única regla de juego de la lidia del pensar.

Referencia

Blanco Regueira, José (2003) *La lidia del pensar*, conferencia dictada en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, en noviembre.